

## *El esfuerzo de pensar la subjetividad*

María del Pilar Sánchez Barajas

Pedro Enrique García Ruiz y Rosa Esther López García, coords. *Teorías de la subjetividad. Crisis y replanteamientos del sujeto*. México, Facultad de Filosofía y Letras, DGAPA, UNAM, 2016. 232 pp.

“¿Qué es el yo?” “¿Quién es el yo?” Se trata de los dos extremos del planteamiento filosófico sobre la subjetividad. La primera pregunta se ubica mejor en el campo de las neurociencias y, en general, del naturalismo filosófico. La segunda, dentro de posturas no-reduccionistas, como la fenomenología y la hermenéutica. “¿Qué es el yo?” implica buscarlo en el mundo de los objetos de investigación científica, “¿Quién es el yo?” significa no encontrarlo en ese mundo de objetos y exigir para él un estudio específico. En el libro *Teorías de la subjetividad. Crisis y replanteamientos del sujeto* se analizan de manera crítica y creativa diversas posturas en el espectro entre estos dos polos.

Como el título lo indica, el eje transversal del libro consiste en un análisis de las teorías y planteamientos más sobresalientes en torno al sujeto desde el idealismo de los siglos XVII y XVIII hasta el actual desarrollo de las ciencias cognitivas y las neurociencias. La obra contiene tres partes: “Replanteamientos”, “Configuraciones éticas” y “Crisis”. La división no sigue un orden cronológico del debate sobre la subjetividad, ni tampoco se atiene a una elección específica de autores para cada aparato. Esto puede considerarse un acierto puesto que la discusión filosófica no es históricamente lineal, y tampoco es necesariamente progresiva (aunque es precisamente este aspecto el que criticarán las posiciones naturalistas a favor de un estudio científico, cuyos avances, en otras áreas, son indiscutiblemente palpables). Más bien, la división permite tres acercamientos distintos a las teorías de la subjetividad.

La primera parte, “Replanteamientos”, se enfoca en la doble cuestión sobre el sustento metafísico del “yo” (“¿qué es el yo?”) y el método más apropiado para su estudio (“¿Cuál es la aproximación más adecuada al estudio del sujeto?”), de cara al *ego* cartesiano como *res cogitans*, con su dualismo de las sustancias (mente-cuerpo) y su crítica a la filosofía clásica. La segunda parte, “Configuraciones éticas”, aborda la subjetividad desde la acción moral y la práctica política en tiempos modernos, y sobre todo, en la contemporaneidad. Las actitudes y disposiciones éticas y políticas frente al sujeto (como ser moral y responsable) han desafiado todas las teorías. La globalización, el libre mercado, el desarrollo científico, pero también la guerra, las migraciones, el racismo, son los tópicos más destacados que inspiran los ensayos de esta sección. Por último, en “Crisis” se analiza la subjetividad por vía negativa: lo que se ha dicho que no es el “yo” desde el punto de vista metafísico, metodológico e histórico. Esta parte, intencionadamente o no, sugiere un método para abordar la subjetividad, no obstante, concede lo mismo a las teorías no reduccionistas que a las reduccionistas, pues si por un lado unas afirman que el sujeto no sólo es su cerebro (o ideas semejantes), las otras se quedan seguras en “reducir” al sujeto e indicar qué no es o qué no se puede decir de él.

A continuación se comentan algunos de los elementos más sobresalientes de cada una de las tres secciones con la doble finalidad de introducir al lector en el tema que nos ocupa y de hacer ver su centralidad en el panorama filosófico y en la práctica ética y política. Se hace énfasis en la primera y segunda parte para invitar al lector a seguir con la exposición de la obra en primera persona y con libro en mano, y permitir así que su lado más crítico y reflexivo se adelante a los problemas y soluciones que se revisan en la tercera sección. Sin duda, en ella aparecen las inquietudes más agudas, como la aparición del hombre de la mano del extrañamiento del hombre de sí mismo (en sentido nietzscheano) y los residuos del sujeto que la ciencia deja para la filosofía (en atención a la propuesta de Searle).

Los artículos de Pedro Enrique García Ruiz, Moisés Flores López, Axel Rivera Osorio y Mario Rojas Hernández conforman la primera parte. En el artículo “Subjetividad y neurociencias”, García Ruiz expone cómo la perspectiva neurocientífica surge en oposición a los planteamientos dualistas de la realidad, en concreto, el dualismo mente-cuerpo que se desprende de la filosofía cartesiana. Para el autor, lo que está en juego en estas explicaciones es el *self*, el yo, o la autoconciencia, es decir, el sujeto de experiencias y acción. Sin embargo, las respuestas filosóficas a este problema no se limitan a los diferentes tipos de reduccionismos neurocientíficos. La fenomenología, por ejemplo, sostiene que el yo es irreductible a sus partes o condiciones de posibilidad.

En el texto se hace evidente el conocimiento y dominio de los autores y de las obras más destacadas del reduccionismo neurocientífico, como son Paul

y Patricia Churchland, Francis Crick, Julien Offray de la Mettrie (*El hombre máquina*), Steven Pinker (*Cómo funciona la mente*), Richard Dawkins (*El gen egoísta*), Douglas R. Hofstadter (*Yo soy un extraño bucle*), Tim Crane, (*La mente mecánica*), Cristof Koch (*La conciencia. Una aproximación neurobiológica*), Antonio Damasio (*El error de Descartes*), Stephen P. Stich (*From Folk Psychology to Cognitive Sciences*). A través de estas referencias se analizan los principales argumentos que conducen a afirmar que “lo mental es resultado de complejos sistemas nerviosos, redes neuronales, sinapsis y otros procesos fisiológicos, y que la falsedad de las concepciones de sentido común sobre lo mental radica en que son prácticamente irreducibles a los criterios de la neurociencia” (p. 27).

John R. Searle es tratado por García Ruíz como el ejemplo de una postura intermedia entre el reduccionismo neurocientífico y las teorías fenomenológicas de la subjetividad, pues este filósofo, siendo partidario del naturalismo, no obstante, busca responder a la cuestión de “cómo hacemos para acomodar la realidad de los fenómenos mentales *subjetivos* con la concepción científica de la realidad como algo totalmente *objetivo*” (Searle, citado por García Ruíz, p. 28). Las obras citadas en esta exposición son: *Mentes, cerebros y ciencia*, *El redescubrimiento de la mente* y *Libertad y neurobiología*.

García Ruíz favorece la aproximación fenomenológica al problema de la subjetividad.<sup>1</sup> Desde su lectura, la propuesta fenomenológica sobre la subjetividad tiene una ventaja explicativa, y consiste en la superación del dualismo mente-cuerpo, problema del que no se libran, en su opinión, las teorías reduccionistas. La oposición mente-cuerpo, interno-externo, subjetivo-objetivo, únicamente se supera en la experiencia de uno mismo, en la autorreflexión, que es propia de un ser con una perspectiva de primera persona capaz de considerar significativamente al mundo, a los otros y a sí mismo, pues la experiencia de sí es inseparable de las otras instancias, esto es, hay una copertenencia entre mundo y subjetividad. El aparecer del yo es simultáneo al aparecer del mundo. En palabras de Merleau-Ponty, el sujeto “es inseparable de este cuerpo y de este mundo” (citado por García Ruíz, p. 35).

Axel Rivera Osorio, en “Subjetividad y autorresponsabilidad”, también recurre a la perspectiva fenomenológica (Husserl, Eugen Fink y Levinas) para argumentar a favor de la irreducibilidad de la perspectiva de la primera persona frente a una perspectiva objetiva. El autor nos lleva a reconocer que cuando

<sup>1</sup> El autor destaca las obras de Henri Bergson (*Ensayos sobre los datos inmediatos de la conciencia* y *La energía espiritual*), Edmund Husserl (*La filosofía como ciencia estricta*, *Ideas relativas a una fenomenología pura* y *una filosofía fenomenológica*), Gerald M. Edelman (“Memory and the individual soul: against silly reductionism”), Dieter Sturma (“Self and reason: a nonreductionist approach to the reflective and practical transitions of self-consciousness”), Dieter Henrich (*Vida consciente*) y Merleau-Ponty (*Fenomenología de la percepción*).

preguntamos por el mundo buscamos algo que nos explicita “la posibilidad de existencia de todo el entramado significativo en el que estamos inmersos y a partir del cual los objetos reciben su sentido. Es decir, del horizonte de sentido que tiene que estudiar la fenomenología y que está vetado para una ontología reduccionista” (p. 57). Es imposible eliminar la perspectiva de la primera persona (sin renunciar a la investigación sobre el origen del mundo), pues el sentido del mundo acontece para cumplir con las necesidades que, en primer lugar, son subjetivas. Es decir, la subjetividad es la que revela el sentido del mundo.

Pero la fenomenología no es la única alternativa al reduccionismo científico en torno al sujeto. Moisés López Flores, en “El teatro de la conciencia”, explora propuestas no reduccionistas pero “metafísicamente ligeras”, esto es, posturas que evitan concebir el yo como unidad independiente pero sin desecharlo como sujeto de responsabilidad. El autor examina las aportaciones de Daniel C. Dennet, Christine M. Kosgaard y David Velleman, y las sitúa como posturas intermedias.

Tomemos como ejemplo la postura de Dennett. Su propuesta conceptual es el “centro de gravedad narrativa”: así como el centro de gravedad de un cuerpo no posee una existencia espacio-temporal pese a explicar su movimiento, así el yo es un centro de gravedad narrativo. Esto quiere decir que las personas contamos historias de quiénes somos; sin embargo, hay que comprender que ese yo narrativo es un producto, no la fuente de las historias. A través del lenguaje nos auto-representamos; somos intérpretes e interpretables en la medida en que nuestra comunicación no está determinada. Así, el yo es co-creado en un proceso narrativo. Esta corriente será muy recurrente en los planteamientos éticos sobre la subjetividad (como se verá con el artículo de Greta Rivara).

Mario Rojas Hernández, en “Subjetividad. El concepto idealista objetivo de Hegel”, explora la teoría del sujeto del idealismo alemán, en concreto, el “yo” hegeliano. Como lo plantea Rojas, el idealismo alemán (Kant, Fichte, Schelling, Hegel) trata de comprender, justificar y desarrollar filosóficamente la categoría del sujeto como *ser pensante*. Rojas ofrece claves para comprender el itinerario hegeliano para determinar y justificar el contenido conceptual racional que nos define, es decir, la autoconciencia o subjetividad. En este artículo destaca la crítica a la noción de “sustancia” (desde el planteamiento de Spinoza) y de inmediatez, ligado a ella en el sujeto. Para Hegel, tal concepto no es adecuado para expresar lo verdadero del sujeto, porque en él la autoconciencia (*Selbstbewusstsein*) desaparece. Más bien, el sujeto es “autorreflexividad pura”, acto de reflexión sobre la reflexión, reflexión sobre sí del pensar. Este sujeto se constituye como tal en tres momentos. El primero, inmediato, sin contenido. Segundo, la negación de lo inmediato, porque la unidad inmediata inicial contiene una diferencia en sí misma. El tercero, la negación de la ne-

gación y así la unidad mediada; es acto reflexivo de mediación. De esto modo entendemos que el pensar no es algo estático, sino un acto de diferenciar.

Pero, ¿qué luces nos dan estas teorías en la vida práctica del sujeto? Y ¿qué preguntas plantean las vivencias del sujeto como ser ético, político e histórico, a la teoría filosófica? Este es el motivo de la segunda sección, “Configuraciones éticas”, en el que participan Graciano González Arnaiz, Greta Rivara Kamaji, Erika Salinas de la Torre y Francisco Xavier Sánchez Hernández. Destaco los trabajos de los dos primeros autores, uno por la originalidad del tema en el presente libro (sujeto e interculturalidad) y otro por la contextualización de las teorías narrativistas.

Rodríguez Arnaiz, en “Un sujeto moral entre culturas. Apuntes para un concepto de ciudadanía intercultural”, propone reconocer un nuevo giro o paradigma en la reflexión filosófica moral que hace referencia a fenómenos como la migración, la globalización, la identidad y diversidad cultural y los Derechos humanos. En este escenario, surge la necesidad de hablar de una “ciudadanía intercultural”, cuyo reto es proponer “universales en contexto” o “universales potenciales” (Paul Ricœur, citado por el autor, p. 91), que superen el particularismo europeo y occidental. Destaca la crítica de Max Weber a la Razón como criterio, pues no hay tal cosa que nos dé cuenta del por qué determinada visión vale más o menos que otra. El criterio de la sociedad de consumo, es decir, que toda cultura necesita corroborarse económicamente, tampoco tiene esta prerrogativa. Por su parte, el criterio multicultural, sostiene Rodríguez Arnaiz, ha fallado en la comprensión del sujeto en su diversidad cultural debido a su enfoque político propuesto desde una cultura urbana, en la cual se asimilan los prototipos de extranjeros y migrantes. Rodríguez Arnaiz propone comprender el criterio de interculturalidad como metáfora de la comprensión de la identidad personal. La interculturalidad tiene como lugar de referencia el espacio moral, un espacio que tiene que ser traducido como reivindicación y exigencia de un lugar que un sujeto o una cultura necesitan para poder decirse y hacerse, es un espacio de respeto y atención, de responsabilidad.

“La configuración de la identidad por la escritura: el relato testimonial”, artículo de Greta Rivara, problematiza el rol del silencio en la configuración de la identidad personal. La apología del silencio realizada por Heidegger deja fuera escenarios en los cuales el silencio es negativo, pero Greta Rivara nos brinda una bellísima apología de la voz y el testimonio. Su argumentación parte de las teorías narrativistas de identidad personal (como la de Daniel Dennett, expuesta anteriormente). María Zambrano y Paul Ricœur, por ejemplo, señalaron que “la narratividad es una forma de configuración de la identidad; hacerse un ser es contar una historia. Hay una necesidad de decirse para ser, estamos siempre entramados [...] la identidad personal es siempre una historia contada” (p. 112). Muestras ejemplares de estas prácticas narra-

tivas son los testimonios de Primo Levi, Elie Wiesel, Robert Antelme, Jean Améry, Violeta Friedman. Ellos nos descubren un silencio impuesto por el sufrimiento, y una escritura de la degradación (como la de los números en serie en la piel de las víctimas del holocausto). En estos contextos, salir del silencio significa liberación, y la escritura, una evocación de la identidad recobrada, es reinsertarse a la historia, y también, honrar a los muertos, sobre todo, a quienes murieron en el silencio.

Otros problemas éticos son la transición de una ética del deber y la virtud a una ética de la responsabilidad, que nace de la configuración del sujeto mismo en el reconocimiento del otro. Esta visión la tratan Ericka Salinas en “Del sujeto a sí mismo: la teoría de la subjetividad ética de Paul Ricœur” y Francisco Xavier Sánchez en “Subjetividad e infinito en Emmanuel Levinas”. Para el pensador judío, antes de la verdad del ser está la verdad del otro. Él es “una verdad que no pide ser pensada sino servida, pero es paradójicamente por este olvido de sí en favor del otro que el sujeto se constituye” (p. 143). Y aclara: “cuando el otro se dirige a mí, la primera cosa que él busca no es la sabiduría de mi lenguaje sino la bondad de mi escucha. Antes de hablar [...] es importante darle a entender que estoy listo para escucharlo y obedecerlo” (p. 150).

Por último, en la tercera parte, sobre lo que el sujeto no es, se revisan varias teorías críticas de la subjetividad clásica. La primera corre a cargo de Ricardo Horneffer con “Que el hombre es originalmente sujeto: Heidegger”, en la cual analiza la noción de *Dasein* y el panorama que inaugura para la acción del sujeto. Horneffer explica que el trato con las cosas del “ser ahí”, al contrario del ego cartesiano, no se sustrae de lo que lo rodea; en tanto que es un ser existente, se las ve o se interrelaciona de manera inmediata y atórica con entes que no son él mismo pero sin los cuales no es. En el absorbente día a día reconocemos lo que somos: seres finitos, abiertos, posibles, ontológicamente indefinibles. Desde esta postura, el sujeto no es definible.

“¿Cómo comprender el cuerpo?”, es la pregunta incómoda que no aparece en todo el texto sino hasta el estudio de María Dolores Illescas Nájera en “La crítica de Michel Henry a la fenomenología del tiempo de Husserl”. Ella argumenta por qué el cuerpo no se comprende desde el mundo de los objetos, sino desde la vida y la afectividad que le es inherente.

Por su parte, Paula Lizeth Mora Castillo en “Cartografía del otro en Eduardo Nicol”, analiza la relación del “yo” y el otro. Para Nicol, nos dice la autora, el otro no entra en el campo vital propio como un mero objeto que se ante-pone, sino siempre de manera inmediata como otro sujeto que, como yo, es afección, apertura y arraigo en su situación vital y, habría que agregar, interlocutor.

Stephanie Goytortúa Alarcón, en “Foucault y Nietzsche: hacia una comprensión de la muerte del hombre”, muestra el rostro pesimista del debate.

En consonancia con los dos filósofos mencionados sostiene que el fin de la metafísica es solamente una cara de un evento mucho más complejo: la aparición del hombre. La episteme ahora apunta hacia una antropología que habla de un hombre convertido en un extraño para sí mismo.

Si en este momento parece que hemos llegado a un rincón sin salida, todavía queda una nueva crisis. Corre a cargo de Rosa Esther López García en “Antirrealismo y ontologización”. Ella argumenta, a través de la obra de John Searle, que la tesis de la excepción humana, aunque forma parte de una tradición ontológica occidental, ya no es útil porque sus presupuestos cuestionan la realidad al hacerla dependiente del sujeto que la construye. Sin embargo, “ya no puede haber la menor duda de que el hombre es un ser biológico y social, y no un sujeto auto-fundado, a menos que se consideren nulos y sin valor los innumerables trabajos convergentes de numerosas generaciones de investigadores en las disciplinas más diversas” (Schaffer, citado por la autora, p. 229). Sólo en el realismo, que no es una teoría en absoluto, es posible encontrar el marco dentro del cual es posible tener cualquier teoría.

Si hubiera que extrañar algo en el libro *Teorías de la subjetividad. Crisis y replanteamientos del sujeto*, sería la referencia a otras teorías en torno al sujeto que no surgen dentro del supuesto canon filosófico pero que sí cuestionan algunas de sus posturas o se alimentan de ellas. En concreto, me refiero a las posturas psicológicas y en particular al psicoanálisis. El “yo” psicoanalítico es ocasión para reflexionar, por ejemplo, en la memoria, el silencio, la verdad, el lenguaje, la narración, el poder, la cultura y la intersubjetividad.<sup>2</sup>

En conclusión, este análisis de las teorías del sujeto nos muestra la necesidad de dialogar con otras disciplinas científicas, e incluso, con las artes. Un sujeto abierto y accesible, como se propone en todas las teorías del sujeto expuestas, exige una filosofía igualmente abierta y accesible. El empuje científico sin precedentes (junto con sus recursos casi ilimitados) y los cambios culturales acelerados demandan una filosofía socrática: crítica, creativa, capaz de acercarse a la realidad y de comprometerse con la verdad, ahí donde se la encuentre.

<sup>2</sup> El lector interesado en estas temáticas puede recurrir a la obra *Teorías de la subjetividad. Concepciones clásicas y nuevas perspectivas*, que antecede a nuestro libro en cuestión y que surge en el marco del mismo proyecto de investigación. Ahí encontrará títulos como “El arte y la constitución de la subjetividad moderna” (Alexandra Villegas), “La ciudad moderna en la subjetividad estética” (Xóchitl Mayorquín), “El sujeto convulso: apuntes sobre Freud y los surrealistas” (Frida Monjarás) y “El cuerpo estético: en defensa de lo contingente” (Karol Sánchez).